

FRAGMENTOS DE LA NOVELA "LA GUERRA PERDIDA"

■ J. R. M. Ávila*

EMBOSCADA

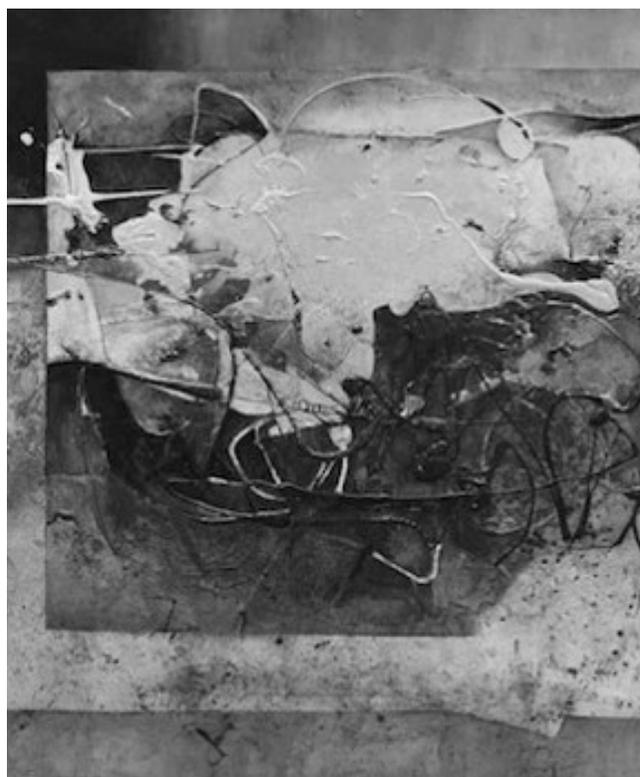
Tres días antes había llegado la noticia de que los americanos pasarían por el camino de Camargo a Monterrey con un cargamento de oro y objetos de gran valor. Era probable que se tratara de bastimentos como harina, azúcar, carne de cerdo, forraje para las caballadas y pertrechos de guerra para el ejército americano. Eso era lo más creíble, ya que a los invasores les disgustaban algunos productos con que se cocinaba en la región. Sobre todo, repudiaban el piloncillo pues sabían a caña quemada desde las gorditas de harina hasta el café; aunque les supieran dulces, a fin de cuentas se les atravesaban el olor y el sabor del piloncillo.

Pero los rumores habían convertido ese cargamento común y corriente en un cargamento de oro, riquezas descomunales, joyas dignas de cuento oriental. Los rumores se empezaron a propagar desde los mismos cuarteles del General Urrea para enardecer a los guerrilleros mexicanos y disponerlos a participar en el ataque; si no por patriotismo, al menos por despojar al enemigo, enriquecerse de repente y cobrarse una de tantas que los americanos les debían.

Por eso esperaban cerca de la Hacienda de Ramos sin hallar qué hacer para que el tiempo no les pareciera tan dilatado. Llevaban casi dos días ahí, amontonados entre la maleza, fastidiados de verse unos a otros sin poder moverse de sus escondites para no darse a notar ni siquiera por los habitantes de la hacienda. La paciencia se les agotaba y la espera no tenía para cuando terminar. Casi pensaban que se trataba de una mentira. Si pasaba un poco más de tiempo y nada sucedía, cada uno tomaría su rumbo. Pero llegaron órdenes de seguir esperando porque el cargamento era tan pesado y la hilera de carretas

tan larga que se movía apenas a vuelta de rueda. Los guerrilleros no tuvieron más remedio que contenerse, ya con la seguridad de que la noticia era cierta.

Les resultó difícil contenerse cuando avistaron la polvareda que se aproximaba por el rumbo de Cerralvo. No se permitieron ni un grito, ni siquiera una expresión en voz baja, sólo silencio, cuando mucho un intercambio de miradas de entendimiento, nada más. Se prepararon para recibir y saquear el cargamento de los invasores casi dejando de respirar. Nunca habían visto carretas tan grandes, cubiertas y macizas, mucho menos una caravana tan larga. Puestas una tras otra, poco más de cien carretas, además de las trescientas mulas de carga que las acompañaban, parecían ocupar todo el camino desde Cerralvo hasta la Hacienda de Ramos. Era difícil



*Autor de los libros "Relámpagos que fueron", "Ave fénix" y "La guerra perdida". Colabora, además de en otras revistas universitarias, en Reforma Siglo XXI desde el número 24, correspondiente a marzo del 2000.

saber cuánto tiempo tardarían en pasar por completo frente al lugar que se había fijado para emboscarlas, pero no importaba. Habían esperado casi dos días, así que bien podían aguantar unas horas más.

Tuvieron tiempo para observar con detenimiento a los recién llegados. Los hombres, los ancianos, las mujeres y los niños que viajaban en las carretas tenían caras de muerto, pálidas y secas, y se les notaba un cansancio más largo que la caravana misma. Llevaban los ojos abiertos, alertas, y las bocas cerradas, como si presintieran el peligro. Los guerrilleros se encontraron algo confundidos al principio. Los viajeros eran enemigos, sí, pero no se trataba de militares sino de civiles como los habitantes de las haciendas aledañas. Sólo algunos militares a caballo escoltaban a la caravana que parecía no tener fin. Rostros repetidos e insípidos se veían carreta tras carreta. Pero se trataba de personas como los mismos parientes de los guerrilleros que estaban por echárseles encima.

Los mexicanos esperaban enardecerse al observar los rostros de los viajeros. Sin embargo, cuando repararon en que se trataba de gente de paz, con otro color de piel, cabello y ojos, hablando una lengua enredada, diferente a la suya, vieron en aquella gente a sus propios parientes: hijos, hijas, abuelos, padres, madres, y dudaron de hacerles violencia. ¿Repetirían las villanías que los americanos habían cometido con los suyos?

Mas, justo en aquel momento, mientras se sentían un tanto confundidos, se les atravesó el recuerdo de sus mujeres, de sus hermanas y de sus hijas ultrajadas, de los niños atacados a mitad de campo por afinar puntería, del abuelo al que le dispararon porque no permitió que practicaran tiro al blanco con sus cabras, de cientos de despojos y más agravios soportados de parte del enemigo, y el infierno se les metió en las entrañas. Cuando se dio la orden, atacaron sin misericordia a gente que parecía inocente y aquello fue el fin del mundo. Aunque mucho se había escuchado en la región el incontenible alarido de ataque de los indios, ni para cuándo se comparase con el griterío enardecido por la sed de venganza que se desató entonces.

Los guerrilleros abusaron de las mujeres como si fueran hijas, esposas, hermanas o madres de quienes habían abusado de las suyas. A los viejos los tomaron por abuelos de quienes se habían ensañado

con ancianos y niños mexicanos. ¿Qué les habían hecho aquellos inocentes para merecer una muerte tan podrida, como si se tratara de animales de mala muerte y no de personas? La sangre nublaba todo buen pensamiento, la polvareda los cegaba, la venganza les arañaba las venas, el coraje era un animal que mordía sus corazones. Eso los movió a atacar con tanta saña que se olvidaron de todo freno. Cualquiera diría que sentían que hacían justicia para agradar a Dios. Y si Dios les reclamara en el Juicio Final, sería porque estaba de parte de los invasores.

TESTIMONIO DE UN GUERRILLERO MEXICANO

Las carretas empezaron a pasar después de que el sol salió. Gente extraña las conducía, gente de piel descolorida y cabellos de elote, lacios y claros. Nunca había pasado tanta gente de esa por aquí. Y no nomás traían carretas, sino recuas de mulas con mercancías, vaya usted a saber qué clase de mercancías, a lo mejor ropa, comida o vino para los yanquis. Pero lo más extraño era que venían entre ellos viejos, muchachos, niños, mujeres, civiles. Eso nunca antes lo habíamos visto. Estábamos acostumbrados a ver pasar militares, nunca civiles. Así que empezamos a maliciar que venían a quedarse a vivir por estos rumbos y eso nos inquietó.

No era posible más que inquietarse por eso. Porque si lo hacían tendrían que vivir en casas, a lo mejor en las casas de la gente rica que ya no estaba en Monterrey por miedo a los yanquis. Pudiera ser que se adueñaran de las casas en las haciendas, pero nos dimos cuenta que eso ni para qué pensarlo. No iban a codiciar lugares como estos, destruidos, arrasados, quemados, arruinados por ellos mismos.

Las carretas pasaban y pasaban y no acababan de pasar. ¿Era que toda la gente del país enemigo se cambiaba al nuestro? ¿Qué podían codiciar de estas tierras tan enclenques? ¿No sería eso, las tierras, lo que codiciaban? Bien podían quitárnoslas sin mucho esfuerzo y sin que nos opusiéramos. ¿Qué les costaba arrebatarárnoslas? Y ni modo de esconderlas. ¿Dónde las íbamos a meter para que estuvieran lejos del alcance de sus manos? ¿Detrás de los mezquiales o de las montañas? Ni que fuéramos brujos para tener ese poder. Si lo tuviéramos, ellos ya no estarían aquí.

¿Por qué se empeñaban en quitarnos todo? Nos habían quitado a los hijos al pelear contra ellos. Nos habían arrebatado el honor de las mujeres ante nuestros propios ojos. Ahora, además, querían acabar con el orgullo de ser dueños de la tierra que había pertenecido a los abuelos y a los abuelos de nuestros abuelos, una tierra que no nos pertenecía sino que era de nuestros hijos y nuestros nietos. Ahora querían la tierra en que vivíamos y el agua que, aún escasa, le daba vida a todo esto; y quién sabe si a la larga querían quedarse hasta con el aire que respirábamos, para ensuciarlo como habían ensuciado cuanto palpan desde que llegaron a estos rumbos. No se conformaban con lo que habían dejado en su mezquino país. Americanos malditos que nunca están satisfechos.

Las mujeres se veían descoloridas igual que ellos, tenían la cara llena de pecas, no estaban flacas sino huesudas, y aunque sus ojos eran zarcos no vimos una sola que pudiera decirse bonita. Eran más feas que escupir el agua que se ha de beber. Se nos quedaban viendo con los ojos pelones como si el color zarco no les bastara para aceptar lo que veían, como si no acabaran de entender algo que miraban en nuestros rostros, como si no comprendieran que también éramos personas como ellas. Tal vez lo que notaron en nuestros rostros haya sido el miedo de perder hasta la vida o el odio que se nos echaba de ver desde lejos. Poco tiempo tuvimos para mirarlas y nada más alcanzamos a distinguir a las mujeres de las primeras carretas porque luego de repente se levantó una polvareda que no nos dejaba ver ni nuestros pies y un griterío que parecía ataque de indios.

Lo que vino después, que lo juzgue Dios que lo vio todo y lo permitió.

¿QUÉ PASA?

La caravana se detuvo de pronto. Sin poder ver lo que se atravesaba en el camino, en medio de ninguna parte, quienes viajaban en las carretas no acertaban a explicarse por qué dejaban de avanzar. Algunos se ponían de pie para alcanzar a distinguir lo más lejos que se pudiera. Otros bajaban de las carretas y subían a lo más elevado del monte. Los más, prefirieron esperar sentados a que la caravana reanudara su camino. Todos se inquietaban ante el contratiempo.

Voces extranjeras entre el polvo: “¿Qué pasa?”. “Tal vez llegamos a Monterrey”. “No creo”. “Me parece que nos detuvimos a descansar un poco”. “Pero si acabamos de salir”. “¿No serán los indios que nos atacan?”. “Esos cobardes no se atreven a atacar de día”. “O los mexicanos”. “¿Esos apestosos grasientos? Nos tienen más miedo aún que los indios. No creo”. “Yo tampoco creo que sean ellos”. “No se atreven a sostenernos la mirada, mucho menos a medirse contra nosotros que somos superiores a ellos”. “Debe ser alguna carreta que se descompuso”. “No hay carretas mejores que las nuestras”. “Será una mula que reventó a medio camino”. “Vienen recién descansadas y bien alimentadas”. “Debe ser un río crecido que no se puede cruzar”. “Los ríos del rumbo van secos o casi vacíos por la sequía. No llueve desde hace meses”. “Es cierto”. “Tal vez no sea nada de eso”. “Pero entonces por qué nos detenemos”. “Tal vez...”.

Un estruendo gigantesco atravesó los montes y el camino. Un tumulto de gritos despavoridos, polvo, disparos, tajos de sable, lanzas encajadas, caballos corriendo y relinchando desbocados, sin control, se desataron alrededor del camino. Siguió una serie de estruendos eslabonados. No había mucho por hacer para esconderse o huir.

PASTOR VIENDO PASAR UNA CARAVANA

Tuvimos que esperarnos para cruzar el camino porque las carretas pasaban y pasaban sin descanso, sin dejar un espacio por donde pudiéramos llevar las cabras al otro lado para que pastaran a sus anchas. Parecía que las carretas nunca se terminarían y mirábamos hacia el lugar de donde venían y nomás se divisaba polvo y más polvo. Nada de camino, ni de carretas, pero no teníamos que ser adivinos para maliciar que detrás de todo aquel polvo venían más y más carretas.

Las cabras no entendían de esperar. Sin medir el peligro, trataban de cruzar el camino y no hallábamos cómo sosegarlas. Andaban desbalagadas, hambrientas y ganosas de retozar en el campo; y la verdad, nosotros también queríamos que las carretas dejaran de pasar. Pero nada, carreta tras carreta, aquello se parecía mucho a la eternidad de la que tanto nos habla en la iglesia el padre José.

Y para peor la cosa, de repente que se detiene aquella hilera de carretas y que se dejan oír voces extrañas y alarmadas. Las oíamos y aunque no sabíamos lo que decían porque hablaban con esa lengua de diablos que hablan los americanos y que ni ellos mismos entienden, no dejábamos de notar su alarma. Allá a lo lejos retumbaron de repente balazos, cascacos y relinchos de caballos desbocados y gritos llenos de miedo y se levantó mucho más polvo, mucho más que si fuera neblina y ni con los paliacates amarrados en la cara podíamos respirar bien. Era puro polvo el que nos entraba hasta por las orejas. Teníamos el pelo cenizo, como si nos hubiéramos revolcado de cabeza en medio del camino.

Y aquello no fue de un ratito nada más. Llegó un momento en que parecía que el sol se había metido y de las cabras nomás oíamos los balidos cada vez más lejos. Ni los ojos podíamos abrir para ver por dónde andaban los animales. Y las orejas estaban tan atiborradas de polvo que no sabíamos si era que los balidos de las cabras se alejaban o que nos quedábamos sordos de polvo. Pero no era sordera porque los gritos de los americanos bien que se oían fuertes y desesperados y parecía que alguien los estuviera torturando. Y cada vez eran más fuertes los olores a pólvora y a trapo quemado, y los oíamos a pesar de que también teníamos las narices repletas de polvo.

Las cabras, refugiadas en el polvo, a esas horas ya andarían en el monte porque habían cruzado el camino por entre las carretas y las patas de los caballos. Y nosotros, sin saber si quedarnos parados y arriesgarnos al peligro que atacaba a los americanos y que ni sabíamos de qué se trataba, o cruzar también el camino para seguir a las cabras, porque si no con qué cuentas le íbamos a salir al amo. Fue entonces cuando escuché enfrente de mí una víbora de cascabel. Tuve que imaginarme que se me quedaba viendo fijo con sus ojos rencorosos mientras se enroscaba, pero la verdad es que sólo dejaba oír su cascabel. Pensé que eso sería lo último que iba a ver y a oír, porque se me había llegado la hora. El animal estaba de veras embravecido. Se preparaba para atacar, pero en eso un trueno muy grande me aventó de espaldas al suelo. Para cuando desperté, ya la víbora no estaba enfrente de mí. Debo haber dormido todo el día, porque ya empezaba a oscurecer.

Y cuando el polvo se aplacó, empezamos a columbrar la quemazón. Como ya era de noche, se veía bonito el camino iluminado por el fuego. Oíamos los gritos enredados en esa lengua que no comprendíamos y sentíamos que el miedo nos zarandeaba la espalda porque se nos figuraba que el Diablo había puesto el Infierno en el camino de Camargo a Monterrey y les había tocado a los americanos enfrentársele.

Aquella noche buscamos a las cabras y no fue difícil dar con ellas porque la lumbre nos ayudó con el trabajo. En el camino ardieron las carretas la noche entera y no se apagaron hasta que ya no quedó en pie nada de ellas. Olía a carne chamuscada y se oían gemidos por donde quiera. Pero nadie se atrevió a ayudar a los dueños de aquellos dolores, no fuera a ser que a nosotros también nos tocara parte del dolor que el Diablo había regado por el camino.

